

La artesanía del cencerro en Zubieta

a) EL «YOARE»

En un artículo acerca de Zubieta, escrito como prólogo a un trabajo dedicado a la artesanía del «kaiku». «oporra» y «abatza», señalábamos al pastoreo, en su mayor o menor grado de importancia, como uno de los medios de sustento de los habitantes de esta villa navarra. Anotábamos que la vida de Zubieta transcurre envuelta en un ambiente de marcado carácter pastoril, bucólico y sosegado; como corresponde a un auténtico «artzai erri». Y por esta su condición dábamos como cosa lógica y normal la presencia, en el marco de su término municipal, de pequeñas industrias indígenas relacionadas con el pasturaje. Minúsculos y modestos talleres caseros, como son estos de la artesanía del «kaiku», «oporra» y «abatza», y el de la fabricación del «yoare» o «zinzarri» —cencerro—.

Hoy dedicaremos estas líneas al «yoare». En primer lugar abordaremos, aunque de manera limitada, el empleo del cencerro, relegando para más adelante el ocuparnos del proceso seguido para su fabricado.

El «yoare», al que en el Baztán se llama «garea», aparte de su destino como motivo decorativo, que últimamente tanto se prodiga, y además de su principal empleo, que es en la collera de diferentes animales, ha tenido, y todavía conserva, varios y muy heterogéneos usos.

En el terreno bélico, que se remonta a la antigüedad, no faltan alusiones al «yoare». En sus narraciones es frecuente encontrar con que los contendientes se adentraban en el campo de batalla a «cencerro tapado».

En el terreno mitológico el «yoare» no se halla exento de facultades mágicas. Su tañido sirve para ahuyentar el espíritu maligno que pudiera haber por sus alrededores. «Si las ovejas hacen sonar al cencerro dentro de la borda, nevará al día siguiente», reza un refrán, y contamos con otro que dice: «Si los caballos en la cuadra no tañen el cencerro habrá más nieve». Según Azkue, en Valcarlos para que la desdicha no cayera sobre los animales domésticos, meten en un gran cencerro laurel bendecido, cera bendita y un hueso de ave de caza mojado en agua bendita. De antemano debe un sacerdote bendecir estos objetos, y después de bien cerrado y cubierto el cencerro, se coloca en el umbral y se hace que sobre él pasen los carneros, ovejas y corderos. El ganado que ha pasado por esta puerta no suele tener enfermedad. Como curiosidad, y recogido asimismo de Azkue, traeremos

a colación al cencerro de San Antonio. «Un hombre llevando un cencerro en la mano, solía andar de aldea en aldea pidiendo limosna para San Antonio. Al llegar a cada casa llenaba de agua el cencerro, y con élla bendecía el ganado, huertas o heredades. Cuando había algún animal enfermo, solían pasar tres veces el agua del jarro al cencerro, y del cencerro al jarro. Algunos (por lo menos en Arratía) aún bebían de esa agua y en todas las cuerdas se esparcía».

El «zinzarri» lo vemos asimismo en algunos de nuestros dantzaris, que lo llevan a manera de diferente tipo de cascabel, así como en las cerradas —«toberak»— de tipo burlesco, que pregonan la boda de algún viudo o viuda.

También el tañido del «yoare», junto a la máscara y al disfraz de pieles, que metamorfosean al hombre en el animal que trata de imitar, se halla presente en el Carnaval.

Aunque este «zinzarri» haya desaparecido de los «iñauterik» amañados de algunas de nuestras ciudades, su presencia se hace sentir en los «iñautes» de algunos pueblos rurales, que aún conservan su sabor primigenio. Es el caso, entre otros varios, del Carnaval de Lanz, y del que hoy más de cerca nos toca, el de Zubieta, de estrecho nexo con el «iñauto» de su vecino pueblo de Ituren.

En los «iñautes» de Ituren y Zubieta el «yoare» es el elemento principal de la fiesta. El nombre de estos «iñautes», que mantienen el espíritu ancestral, y cuya fama escapa de los reducidos límites municipales de ambas villas, llega a nosotros en función de cencerro. A través de sus respectivos «yoaldunak» o «zanpanzar», que también por el gorro que llevan, se les llama «tunturros».

Ocupándonos del cencerro, y más cuando algunos de los «yoareak» de estos carnavales han sido fabricados por un «zinzargille» de Zubieta, dedicaremos unas líneas a estas fiestas.

Previo acuerdo entre los mozos de Ituren y Zubieta, estas fiestas se celebran en un lunes y martes cualquiera de los comprendidos entre la Epifanía y el martes siguiente al domingo de Quincuagésima.

Los «yoaldunak» son grupos formados por mozos de los dos pueblos citados, y su número no siempre es el mismo. Con frecuencia varía no sólo de un año a otro sino también de un día al siguiente.

Ituren cuenta con dos grupos de «tunturros», que representan a los barrios de Ituren y Aurtiz, y Zubieta con uno.

El lunes de Carnaval, el grupo de Zubieta, con la autorización del alcalde de Ituren, visita a esta última villa, y al siguiente día, los de Ituren devuelven la visita a su vecino pueblo.

La casa "Juan-enea" o "Aro-
tzanea", de Zubieta.



En su taller, Marcelino San Miguel dedicado a trabajar el "yoare".

(Fotos Juan Garmendia Larrañaga)

LA ARTESANÍA DEL CENCERRO EN ZUBIETA

Los «yoaldunak» llevan a cabo su exhibición con seriedad y disciplina; como si se tratase de un rito sagrado. Durante las dos jornadas, estos grupos de dantzaris, con el acompasado movimiento de cintura, que hace sonar a ritmo al descomunal «yoare», sudorosos, poniendo a prueba su resistencia, actúan ininterrumpidamente en las calles y tabernas de los dos pueblos.

Acerca de cómo van ataviados los «tunturros», además de nuestra directa observación ocular, nos serviremos de algunos detalles que en su día nos fueron amablemente facilitados por don José Tellechea, padre del conocido historiador José Ignacio Tellechea Idígoras.

El «yoaldunak» de Zubieta lleva camisa blanca, pero el de Ituren va con un chaleco de piel de oveja, con dos solapas que le caen sobre el pecho, y dejan al descubierto sus desnudos brazos. Una faja de piel en la cintura es importante e indispensable en el «tunturro», ya que de élla se sujetan los cencerros. De este amarre depende el sonido del «yoare».

El pantalón, por lo general azul, es el corriente, y en gran parte va cubierto con una enagua almidonada y planchada hasta las rodillas. Hasta unos años atrás iban con «partanas» y abarcas de cuero, y ahora llevan «zapiñas» y «zatas» de goma. El gorro, cónico y de medio metro de altura, conocido por «tunturro», es lo que más llama la atención en el dantzari. Su base va orlada por encaje de puntilla y polícromas cintas, y este gorro va rematado a su vez por otro pequeño cono con filigranas que, como bien nos señala don José Tellechea, nos evocan el cucurucho de las antiguas hilanderas. De este cono arrancan varias plumas de rabo de gallo.

El «yoalduna» lleva en la mano derecha un látigo, que es conocido por isopo. Este isopo es de mango de madera y pelo de cola de caballo, que se sujeta por medio de una cubierta de piel con tachuelas doradas. Una vez de cierta hora, con este látigo los «tunturros» ahuyentan a los niños de la plaza pública.

Estos «zanpantzar», sujetos por medio de una cuerda que hace de tirante, llevan a su espalda dos «yoareak» pequeños y sin badajo. En su cintura, como ya hemos indicado, van las dos «pulumpas» —cencerros—. Estos «yoareak» van colocados de manera que no molesten al dantzari y suenen indebidamente. En Ituren hay un hombre encargado de colocarlos, y éste recibe el nombre de maestro aparejador. Los «yoaredunak» —en Zubieta— o «yualdunak» —en Ituren— desfilan en dos hileras.

Hasta hace algunos años, los de Ituren acostumbraban a trasladarse a la vecina villa de Santesteban. Para ello precisaban cruzar el pueblo de Elgorriaga, de cuyo alcalde recababan el permiso en los siguientes o parecidos términos: Cómo quiere que pasemos por Elgorriaga, «ixillik» o «yoka» —en silencio o cencerreando—? A lo que el alcalde, previo ente-

rado que en sus dominios no había algún vecino de cuerpo presente, contestaba: «yoka», «yoka».

A los «tunturros» los hemos visto actuar en varias ocasiones. Por feliz coincidencia, también nos ha tocado verlos en lugar algo apartado a sus pueblos. En la pastoril villa zaldivitarra, a la caída de una tarde otoñal. Los contemplamos con motivo del homenaje a Iztueta.

El efecto que producen estos «yoaredunak» es impresionante. Su presencia, acompañada de intenso cencerreo, nos predispone a que en nuestro magín se conjuguen lo real y lo imaginativo. Nos transportan a una época primitiva de nuestro pueblo.

b) EL «YOAREGILLE»

Hay en Zubieta una bonita plazoleta formada por las fachadas de las casas «Urzallenea», «Solokoa», «Andresenea», «Leolokoa» y «Juanenea».

En esta última casa de «Juanenea», que es asimismo conocida por «Arotzanea», ha nacido y vive Marcelino San Miguel, el «yoaregille» o cencertero de la villa.

Al igual que Marcelino, su padre, Miguel, nació en Zubieta, en la casa «Itzekenea», que se encuentra a poca distancia de «Arotzanea». Miguel fue el primer «yoaregille» de la familia.

Mas fue su hijo, el actual artesano, el que se acreditaría en este trabajo de hacer cencerros. Marcelino lleva más de cuarenta años dedicado, con verdadera maestría, a los «yoareak». Enamorado de su oficio, durante todo este tiempo ha ido perfeccionando los elementales conocimientos recibidos de su progenitor.

Marcelino San Miguel tiene dos pequeños talleres. Uno, en el bajo de su casa, y otro, a pocos metros de éste, en una construcción tipo borda. El primero de ellos se divide en dos partes que se comunican por un hueco sin puerta. Uno de estos departamentos hace las veces de almacén, y en sus anaqueles y techumbre reparamos en un rico surtido de «yoareak», prestos para su entrega al cliente. En el lado que corresponde al sitio de trabajo, al taller propiamente dicho, vemos dos mesas de madera. En una de ellas, junto a un ventanal, manipula el artesano y se encuentra repleta de badajos y cencerros a medio terminar y en anárquico desorden. La otra mesa, pequeña y adosada a la pared, la utiliza con la primera materia y la herramienta. Observamos asimismo en un yunque —«Txinguria»—, donde, a golpe de martillo —«mallua»—, modela el «yoarea». A un lado del local, en su pared izquierda, se halla la fragua, que la alimenta con carbón vegetal y mineral mezclados, y junto a ésta el depósito de agua. Esta fragua —«sutegia»— se mantiene por medio de un descomunal fuelle —«aspoa»— que el artesano lo acciona a brazo y valiéndose de una cadena que

pende del mismo barquín. Este, en el extremo opuesto, lleva un hierro que hace de contrapeso.

En el otro taller, más oscuro que el descrito, hay un horno con ventilador eléctrico. Ultimamente es aquí donde, por lo regular, trabaja Marcelino San Miguel.

Además de los útiles de trabajo que acabamos de señalar, el «yuaregille» emplea una «axturra» —tijeras de hojas muy largas—, con las que corta la chapa; «mallua» —martillo—, para trabajar la chapa sobre el yunque; un cincel —«zizela»—, con el cual agujerea el cencerro por su parte superior. Este orificio sirve para sujetar una argollita donde va colocado el badajo. Esta operación de colocar la argolla la lleva a efecto sirviéndose de un pequeño crucero metálico —«karoia jartzeko burnia»—. Los diferentes motivos de ornato que llevan algunos cencerros los hace después de cortada la chapa. Para ello se vale de un punzón —«pontxona»—.

El trabajo del «zinzargille», al igual que la mayoría de los de artesanía, es lento y delicado.

El «yoarea», como ya señalamos, es de chapa bañada de cobre o latón. Se compone de una asa —«karoia»—, que se ajusta a las extremidades de su parte superior, y sirve para colocar el collar —«uztaia»— de la «barrungo karoia» o «karoia» —asa interior—, que es un anillo de la misma chapa del cual cuelga el «kizmia» —badajo—. El badajo puede ser de hierro o de cuerno de buey.

La chapa es negra, de hierro. Para tomar su grosor, que viene a ser de 0,6 a 1 milímetro, hace uso de un calibrador.

Para fabricar el cencerro, lo primero que hace el artesano es marcar la chapa. Esta labor la lleva a cabo sobre una plantilla metálica. A continuación, empleando su «axturra», corta la chapa y la pesa. El cencerro de chapa fina requiere de una boca más estrecha que aquel otro que se hace con la parte algo más gruesa de la lámina metálica. Este es un detalle de gran importancia para conseguir un buen cencerro, ya que la chapa, con mucha frecuencia, no es del mismo y exacto grosor en toda su superficie. Con la chapa a la medida necesaria, sobre el yunque le da la forma deseada. Seguidamente, en un cuezo de madera, —«azpilla»—, prepara la «buztiña» —masa compuesta de arcilla o hierba— con la que, junto con unos trozos de latón o cobre, que servirán para el bañado de la chapa, envuelve el objeto metálico de forma de «zinzarri», y lo expone al fuego. (En el cuezo, a la «buztiña» algunos «zinzargillak» echaban cáscaras de lino, de manera que al quemarse quedara un hueco por el que circulaba el metal líquido).

Para conseguir un buen terminado, la masa expuesta al fuego debe ser compacta, sin grietas, ya que de lo contrario se quema la chapa y se agujerea. Pero anotamos que esta masa lleva un orificio en la parte que corresponde a la boca, y que al artesano le sirve para saber cuándo está logrado el baño de cobre o latón. En ello se guía por el color del humo y, sobre todo, de la enseñanza de su experiencia práctica.

Fuera ya del fuego el cencerro, lo deja un rato a la intemperie y, por medio de una vara, lo tiene en movimiento rotatorio y continuo, hasta que se enfríe. Después lo introduce en el agua, para, a continuación, quitar el caparazón de «buztiña».

Confeccionado debidamente el «zinzarri», su sonido, agudo o grave, lo consigue golpeándolo con el «mallu» su cara exterior. En el «yoaregille» el buen oído facilita esta labor, pues el pastor desea que su «yoarea» tenga un sonido particular, que con facilidad le ayude a delatar al ganado de su propiedad.

Sobre este particular traeremos a colación a aquel juicio del que nos habla Aranzadi que teniendo los testigos que declarar acerca de la propiedad de una vaca, guiados por el reconocimiento del cencerro, convirtieron el juicio en una cencerrada.

«...el cencerro, un artista del bronce, ...El son de la esquila había de variar en cada rebaño, y su martillo, al modelar el cencerro, sabía encontrar el matiz con la seguridad de un gnomo», (F. Urabayen, «El barrio maldito»).

Si por falta de temple u otra adversa circunstancia del oficio sale el «yoare» con sonido quedo, sin vibración, se le considera «zinzarri» muerto. Este cencerro no se vende y el artesano lo vuelve a fundir.

Los cencerros los hace a medida, y ésta va por centímetros tomados por su interior. Mas solamente el largo, puesto que el ancho varía con el grosor de la chapa que, como hemos visto, no es siempre el mismo.

«El yoare» más pequeño —ya que raramente se hacen menores—, es de tres centímetros, y se destina para el «ollagor zakurra» —perro para codornices—.

El siguiente tamaño, que es de tres a siete centímetros, se fabrica para los «bildotxak» y «artantxuak» —corderos—. Este cencerro es conocido por «kalaxka». Tiene cuatro caras que se abren hacia la boca, y es ligeramente rectangular. Después vienen los comprendidos entre los siete y veintiún centímetros, que son los que llevan las ovejas en pasturaje. Son de boca cilíndrica.

Para el ganado vacuno o caballo se confeccionan «zinzarriak» hasta de veintiocho centímetros. Entre estos «yoareak» incluiremos a los que se

LA ARTESANÍA DEL CENCERRO EN ZUBIETA

colocan a las yeguas y vacas cuando van a pastar. Las «dulundas», que son cilíndricas, y las «kalankas», que vienen a ser cuadradas. Los ya mayores a estos últimos cencerros los hace sobre encargo. También San Miguel trabaja otro tipo de cencerro, que es ventruado y de boca circular. Este «yoare» en Zubieta es llamado «polumpa», y en Guipúzcoa recibe el nombre de «dumba».

San Miguel, siendo de Zubieta, no podía dejar de hacer los «yoareak» que llevan los «zanpantzar». Varios hechos por él lucen los «yoaldunak» en los «iñautes».

Como es de suponer, el mejor cliente del «yoaregille» es el pastor. El ligero tintineo del «yoare» del perro, el más lento de la oveja, y el pausado y grave de la yegua que paca, cobran un encanto particular en el escenario de la Naturaleza. Un encanto desconocido para el hombre que no abandona la ciudad.

Pero el «artzai», que se ha dedicado a diversos trabajos manuales, el cencerro lo ha comprado siempre en el mercado o en el taller del «zinzargille», previo comprobado del sonido. Muchos pastores emigran a América llevando consigo los «yoareak» hechos por San Miguel. Mas la mayor parte de su limitada producción la absorben los pastores de Navarra.

Pero el número de pastores disminuye y cada vez son menos los artesanos dedicados al «yoare». En Ituren hubo una familia de renombrados «yoaregilles». Estos fueron Juan Diego Iñigo y su hijo político Domingo Mindegúa.

Juan Diego Iñigo, que nació en Leiza y su padre era de Ciudad Rodrigo, en un principio se dedicó a trabajos de herrería. Murió en Ituren, a comienzos de siglo.

A este le vino a suceder su yerno Domingo Mindegúa, que falleció asimismo en Ituren, allá por el año 1921.

A Domingo le enseñó los secretos del oficio de «yoaregille» su mujer, Manuela Iñigo.

En Navarra quedan aún varios «zinzargilleak». De ellos citaremos al de Iturgoyen y al de Goizueta.

También en Guipúzcoa hemos contado con fabricantes de cencerros y pueblos que han descollado en esta clase de artesanía. Tal es el caso de Alegría de Oria, que es asimismo conocido por «txintxarri erri».

El pasado de Alegría se nos presenta identificado con sus numerosas fraguas. En tiempo ya algo remoto, en esta villa se fabricaban petos, albardas, chuzos, alfanjes y hojas de espada-bayonetas. Mas a comienzos del presente siglo aún existían en Alegría varias herrerías. Según datos que amablemente nos han sido facilitados por don Angel Oyarzabal, una de

JUAN GARMENDIA LARRAÑAGA

ellas; muy importante, fue la de Antonio María Arrizabalaga. Esta herrería desapareció hacia el año 1916. También hasta el 1920 hubo «sutegiak» dedicadas, de manera muy especial, al fabricado de la «aizkora» o hacha.

Respecto al cencerro sabemos que en las postrimerías del pasado siglo había en esta villa por lo menos tres «zinzargilleak». El último artesano de esta especialidad fue Norberto Echebarrena «Txanbor», que en esta labor vino a suceder a su padre. «Txanbor» trabajó hasta el año 1917. Con él se cerró un capítulo de la que fue acreditada industria casera local.

Hoy, en esta villa sólo se conserva un débil recuerdo de esta actividad fabril. De este su pasado, a Alegría de Oria únicamente le queda el nombre de «txintzarri erri».

Juan GARMENDIA LARRAÑAGA